

Don Enrique

CUANDO conocí personalmente a don Enrique Segura Otaño ya era un venerable anciano. Sin embargo, antes había leído muchas cosas suyas, sobre todo, los artículos en «Hoy», así como cartas que me escribió con algunos motivos inolvidables y felices que guardo en la memoria y entre mis papeles desordenados.

Don Enrique parecía el prior de una comunidad laica; un abad mitrado sin mitra; un patriarca bíblico casi inmortal, generoso de palabras, obras y sonrisas. Su figura menuda y apretada por los años se agigantaba en el trato social, dando la mano, los abrazos y el oro de la simpatía, guardado bien el cofre de su cabeza limpia y brillante como caldero de cobre.

Don Enrique murió en esos días en que tanto le gustaba recordar escribiendo: en plena feria de San Juan. Y este año fueron letras encailladas en franjas negras las que sonaron su nombre para decir que ya nunca podría decir nada nuevo en las mismas páginas, ni repetir, graciosamente, nada viejo, evocador de su pasado extremeño, sino que había muerto.

Don Enrique era algo nuestro. Badajoz ha perdido la figura importante y personal de un hombre que, sin ser pacense ni extremeño, ha vivido como de Extremadura, como de Badajoz; sin, tampoco, haber roto las cadenas que le ataban a su natal Navarra, puesto que navarro se confesó siempre.

De los muchos artículos leídos y guardados, aunque ahora no sepa donde están, recuerdo la insistente y afanada recordación de aquellos Juegos Florales organizados en Badajoz el año 1911, cuando vino de mantenedor Jacinto Benavente, cuyo discurso está en el tomo séptimo, página 183 de las obras completas del premio Nobel; cuya pieza lite-

raria es un contexto puramente benaventino en el que se amasan suspicacias, ironías y aquella siempre belleza inconfundible del maestro en sus frases.

Por todo aquello gustaba a Don Enrique recrearse con frecuencia de hablar, de escribir recordando, enseñoreando el pasado de un Badajoz palpitante y culto en buena parte.

Extremadura entera debe a este navarro extremeño un signo de admiración, de buena admiración.

Ruskin dijo: «Quien merece nuestra admiración, bien merece nuestra gratitud».

Descanse en paz don Enrique.

Francisco LEBRATO FUENTES

